

ALLENDE IMAGINARIO (LA HISTORIA EN
CITRONETA)

Jorge Montealegre Iturra

JORGE MONTEALEGRE ITURRA

Periodista, licenciado en Comunicación Social y doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Académico del Departamento de Historia y de la Escuela de Periodismo de la misma casa de estudios. Sus ámbitos de investigación son los estudios culturales, especialmente referidos al imaginario, la memoria y el humor gráfico.

ALLENDE IMAGINARIO (LA HISTORIA EN CITRONETA)

En septiembre de 1970 yo no era allendista. No podría presumir de un allendismo que imagino es motivo de orgullo, con buenas razones, en quienes siempre lo fueron. Sin embargo, tengo su imagen desde niño en la memoria. Me doy cuenta —en un relato probablemente más ingenuo de lo esperado— que mi formación básica se ha nutrido de los carteles y sus frases; de las revistas, los diarios y la curiosidad por la cosa pública cotidiana. Una miscelánea de personajes de papel.

Tenía diez años cuando era el único de la clase que diferenciaba bien los tres poderes del Estado y sabía el nombre de casi todos los presidentes que había tenido Chile: más que por sus funciones, por sus edificios. Esto, gracias a los monitos que pegaba en el álbum *Los niños también votan*, que se publicó antes de la elección presidencial de 1964. En la contraportada anunciaba: “¡Estos son los candidatos!”, publicando las fotos con sus respectivas fichas de Salvador Allende, Julio Durán y Frei Montalva. Abajo, la pregunta “¿Cuál será presidente de Chile?”. Juntar esos monitos fue un momento iniciático de educación cívica. Ahí, Allende era una lámina coleccionable (la número 166), que podía jugar en el patio de la escuela o —si la tenía repetida— cambiarla por una que me faltara: cambio un Allende por María de la Cruz o por Neruda o Claudio Arrau; por el actor Alejandro Flores o Gabriela Mistral; por Arturo Godoy, Baquedano o por la micro volteada en la “revolución de la chaucha”. Cada lámina se instaló en mi memoria como un nombre conocido del que siempre, intuitivamente, quise saber algo más. Allende y el resto se instalaron en el imaginario de los niños que juntamos esos monitos. (A la distancia se puede reconocer con gratitud una excelente actividad de lectoescritura, que permitió aprender fijando y leyendo imágenes y palabras).

Esa vez ganó Eduardo Frei Montalva. El número 2 de la papeleta, ubicación muy conveniente para hacer con los dedos la V de la victoria. Mi madre me llevó esa noche a la celebración cuando Frei saludó a la gente desde el balcón de un edificio que estaba frente a la plaza Vicuña Mackenna (muy cerca de la FECH, desde donde —en su momento— saludaría Allende, también victorioso). Me gustaba eso de la “revolución en libertad”, la idea de una “patria joven” y la “promoción popular”. En esos tiempos, 1966, la CORVI le entregó a mi madre la casa que —libreta en mano— había reclamado por años. En la población Juanita Aguirre, a los doce años, me instalé con un “cambio de revistas” que atendí por una ventana hasta que, al año, me desalojó la orfandad. Entre las revistas, principalmente de historietas y fotonovelas, había una de caricaturas políticas: *Topaze*. Además de la

nariz de Frei, había muchos dibujos de Allende como presidente del Senado. Su imagen de “pije revolucionario” era reconocible por cualquiera. La coexistencia de las alternativas “guerrillera” y “democrática” para llegar al socialismo, daba pie para debilitar desde el humor la credibilidad de Allende, enfatizando en las caricaturas un doble discurso, una doble faz, a modo del dios Jano. En este caso, dos caras que simbolizaban proyectos de futuro y estrategias aparentemente excluyentes. En las caricaturas lo hacían con frac, vestido de huaso, de cosaco o con guayabera. Siempre elegante, con sus gafas también características.

Además del sano humor de una sátira política democrática, hubo medios creados especialmente para desprestigiar con apodos y rumores injuriosos. Parte del financiamiento de la campaña del terror fue para publicaciones que incluyeron caricaturas para socavar la reputación de Salvador Allende y ridiculizar su figura. En una larga enumeración de acciones que eran parte de la operación de propaganda financiada por la CIA, el Informe Church¹ menciona que, en 1964, entre las técnicas de acción encubierta, un grupo propagandístico financiado por la agencia norteamericana produjo “miles de caricaturas” (Soto y Villegas: 173); y, en 1970, “un folleto que mostraba cómo sería la vida si Allende ganaba la elección presidencial” (íbid.: 183)². Sin exagerar el papel de la sátira, no podemos omitir ni subvalorar su existencia. Es un elemento que estuvo presente en la decisión que se toma —en Washington y Santiago— antes de que Allende asumiera, para hacerle la vida —y la vía pacífica— imposible. (Ahora entendemos los chistes gráficos con caricaturas de Allende como documentos que nos permiten concluir que el destino fatal del presidente Allende estuvo anunciado, y que se puede rastrear en las expresiones humorísticas, autoirónicas y tragicómicas (véase Montealegre, 2014: 11).

En 1969 seguí las noticias de “la mesa redonda de la UP”. Me gustaban Chonchol y Neruda, en ese orden; pero ninguno de ellos fue el abanderado. Tenía quince años cuando me entusiasmó el lema “Ni un paso atrás”, que estaba en un afiche bajo la fotografía de un enérgico Radomiro Tomic. Mi intuición ordenaba mis simpatías, siempre influido por las imágenes: a Tomic lo apoyaba gente para mí admirable. Hasta Joan Manuel Serrat cantó en una de sus manifestaciones. No podía estar tan equivocado. ¿Cómo no estar de acuerdo con Serrat? Solitario, me acerqué a una sede del Partido Demócrata Cristiano (PDC) y empecé a colaborar repartiendo volantes.

-
1. Investigación del Senado de Estados Unidos sobre la intervención norteamericana en Chile (1963-1973).
 2. Se refiere, evidentemente, a *La palmada en la frente*, revista compuesta por varias historietas dibujadas por Lugoze, en la que advierte lo que pasaría en Chile si triunfaba el comunismo mediante la elección del candidato de la Unidad Popular. La revista, con un tiraje de 100 mil ejemplares, se repartió de manera gratuita.

Conocí militantes de la juventud DC, todos mayores que yo, que me contaban que Tomic era “el candidato de la izquierda cristiana”, que la esperanza cristiana era socialista y —los más teóricos— que eso se llamaba “socialismo comunitario”. Ni una palabra sobre Allende. En todo caso, había que derrotar a la derecha y defender la reforma agraria por la que habían asesinado a Hernán Mery en abril de 1970.

El 4 de septiembre de 1970, día de las elecciones presidenciales, fue una jornada señera. El rito ciudadano se inició con la apertura de los locales de votación y la constitución de las mesas, cada una con su presidencia elegida por los vocales. Las candidaturas acreditaron a sus respectivos apoderados —hombres y mujeres, según el local de votación—, encargados de vigilar la corrección del proceso. Durante la votación, la amistad cívica se traducían en compartir sándwiches y cafecito de los termos, en espera de la hora de apertura de la urna. Todos atentos al conteo de votos en voz alta, a las objeciones, a la defensa del voto. Cada comando llevaba un cómputo paralelo al oficial. Sin *tablets*, teléfonos celulares ni computadores, los resultados se iban anotando en cuadernos escolares.

Siendo un “cabro de la juventud”, de la distribución de volantes pasé a estafeta —mensajero— para el día de la votación. Trabajos menores de la militancia. Me asignaron a una Citroneta manejada por una señora joven, militante del PDC, a quien no conocía de antes. Estaríamos todo ese día —choferesa y estafeta—yendo y viniendo entre una casa —centro de operaciones— y cada local de votación de la comuna. Yo, subiendo y bajando de la Citroneta, corría para llevar o traer información sobre mesas constituidas, si faltaban o no apoderados y, al final, los resultados por mesas que recibía en papelitos que me entregaban los apoderados. En la casa de los cómputos llevaban la cuenta y la tendencia coincidía con lo que iban adelantando las radios.

En ese ir y venir, choferesa y estafeta conversamos amistosamente. Al inicio, alegres y con gran mística tomicista: ni un paso atrás. En la medida que pasaba el tiempo y que el triunfo de Allende era probable, la conversación fue cambiando. La choferesa empezó a asustarse por la llegada del comunismo. El estafeta se contentaba con la derrota de Alessandri. El tercer lugar de Tomic se hacía evidente. Ni Allende ni Alessandri tendrían mayoría absoluta. La choferesa pensaba que Alessandri era diablo conocido y duraría poco; que así Frei podría volver. El estafeta, decía que el programa de Tomic era muy parecido al de Allende. La choferesa se fue enmudeciendo, preocupada. El estafeta no estaba preocupado: Alessandri se estaba perdiendo. Al término de la misión, la conversación ya no compartía la alegría y el humor del inicio de la jornada. El trayecto tomó otros rumbos. La choferesa desvió la Citroneta hacia la casa de Juan de Dios Carmona para pedirle su opinión. El estafeta se bajó de la Citroneta y se fue a la sede del PDC, para copuchar y reunirse con camaradas de la Juventud.

Nos juntamos en la puerta de Alameda 1460. Allende saludaría a sus partidarios desde un balcón de la FECH. Por la avenida ya no pasaban vehículos. La calle era de los allendistas. Más adelante, en esa misma Alameda, podrían escuchar al compañero Allende. Pasó una marcha de jóvenes socialistas. Felices. Nos gritaron para bien y para mal. Y varios de la JDC nos plegamos a la marcha, respetando y celebrando el triunfo de Allende. Nunca imaginé que ese gesto aparecería en muchas crónicas sobre esa noche histórica.

“Yo les pido a ustedes —dijo Allende esa noche, ya la madrugada del 5 de septiembre— que comprendan que soy tan solo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre, y si pude soportar -porque cumplía una tarea- la derrota de ayer, hoy sin soberbia y sin espíritu de venganza, acepto este triunfo que nada tiene de personal, y que se lo debo a la unidad de los partidos populares, a las fuerzas sociales que han estado junto a nosotros. Se lo debo al hombre anónimo y sacrificado de la patria, se lo debo a la humilde mujer de nuestra tierra. Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre” (Allende, 1970).

Al recordar, pienso que todo ese día fue una sinopsis de lo que iría pasando en la sociedad chilena. La polarización se balanceaba como una Citroneta. Tomic no vaciló en abrazar a Allende y reconoció de inmediato el triunfo popular: “porque la despedida es para seguir mañana en lo que estamos empeñados, les digo: ni un paso atrás, cien pasos para adelante”. La DC era el tercio más pequeño de los tres tercios y, en la encrucijada, tenía la posibilidad constitucional de inclinar la balanza por la primera mayoría de Allende, pero también podía hacerlo por Alessandri. En Chile no teníamos segunda vuelta. (Don Rafa Gumucio y Alberto Jerez habían presentado un proyecto de segunda vuelta presidencial, que fue rechazado por la derecha y la izquierda). Como en la Citroneta, los temores estaban latentes: ¿la izquierda marxista o el retroceso en las políticas de participación popular alcanzadas por Frei? ¿Ni un paso atrás? Entre ese 5 de septiembre y el 24 de octubre (fecha en que el Congreso Pleno ratificó a Salvador Allende como presidente de la República), mirábamos expectantes a la dirigencia. La atmósfera era de temores y conspiraciones, negociaciones y conjuras. Y la negociación del Estatuto de Garantías Constitucionales fue determinante para frustrar las tentaciones de pactar con la derecha.

Curiosamente, contradiciendo los estigmas o confirmando los pragmatismos, Edmundo Pérez Zujovic llamó a Alberto Jerez y le dijo que Allende la tendría muy difícil. “Hay que ayudarlo —dijo— y si es necesario tendríamos que entrar a su

gobierno” (Jerez, 2014: 469). El 8 de junio de 1971 la VOP asesinó a Edmundo Pérez Zujovic. La connotación izquierdista del nombre del grupo (“Vanguardia Organizada del Pueblo”) sirvió para atribuir el atentado a la izquierda. Con otros integrantes de la JDC fuimos al funeral del camarada, pero nos echaron casi a patadas del cortejo por ser de izquierda. La principal revista con caricaturas que denostaban al presidente —la revista SEPA— se empeñaba en mentir descaradamente. El mismo Allende la denunció: “Y el día del asesinato del señor Pérez Zujovic, el ocho de junio, ¿qué dijo esa revista?: ‘orden del día: asesinar Carabineros. La verdad en el complot VOP, MIR, GAP, Unidad Popular. Allendista es asesino de Schneider. La destitución del presidente’”³. La propaganda y gestos excluyentes indudablemente influyeron en las bases y dirigentes de la DC. La coexistencia se fue tensionando dentro de ese partido, en la medida que desaparecía el centro. En octubre de 1971 se formó la Izquierda Cristiana y yo era quizás el más joven, e irrelevante, de sus fundadores. Y apoyamos al presidente Allende. El desorden de la UP no era producto del azar ni solamente de los errores de dirección e implementación del proceso. El terror a la revolución, la psicosis del acaparamiento, los asesinatos políticos y el espectro de la guerra civil eran parte de una espiral de maniqueísmo que solamente podía favorecer a los enemigos de la vía chilena al socialismo. El sectarismo, el cuoteo, la interferencia partidista en la administración pública, contribuyeron, ciertamente, a un clima ya exacerbado y fueron hábilmente utilizados por los servicios de inteligencia; así como hubo operaciones encubiertas —financiadas y dirigidas desde los Estados Unidos— para denigrar a Allende y a la Unidad Popular. Las publicaciones de Quimantú informaban sobre la conjura. Con humor lo hacía *La Firme*, donde Allende era caricaturizado con amabilidad por Hervi y los hermanos Vivanco.

No conocí al presidente Allende en persona. Lo más cerca que estuve de él fue en la última marcha de apoyo a su gobierno, que entonces también era mi gobierno. Desde su foto que pegué con engrudo en un álbum de figuritas, para mí era un personaje. En el álbum, en las revistas, en las caricaturas de *Topaze*, en las estatuas. Tal vez por eso me impresiona releer la solicitud de Allende: “comprendan que soy tan solo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades...”. Ni monumento ni caricatura. Una persona que, con sentido del humor, autoirónico, con capacidad de reírse de sí mismo, esbozó simultáneamente una caricatura y un monumento para la posteridad. Con aparente liviandad o intuición tragicómica, bromeaba sobre la

3. Palabras de Salvador Allende pronunciadas ante el pueblo en la Plaza de la Constitución, el 17 de junio de 1971.

trascendencia histórica del personaje que veía en él. Su propia muerte física, como proyectándose en la inmortalidad, era su argumento; y su cuerpo el soporte del chiste: “Con una mano golpeándose prepotentemente uno de sus brazos, decía, con sobreactuada seriedad: “Toca aquí, toca aquí: esta carne es bronce para la Historia”” (Jorquera, 1990: 16). Y lo reiteraba con una pequeña variante: “Toca... aquí hay carne de estatua”. Lo decía bromeando, verbalizando el desenlace de un guion de vida. Con meditada consciencia se asignaba una misión, una vida, que lo proyectaba en la historia. Y él lo sabía. Lo buscaba. Lo asume con humor, proyectando la propia autoimagen mediante (auto)caricaturas verbales. En cierta ocasión diseña una escena tragicómica con su proyección: una amiga le pregunta por teléfono: “¿Qué estás haciendo?”. Y él responde: “Estoy mirándome en el espejo, porque me encanta contemplar la Historia”⁴.

La estatua, el monumento, esa forma de representación en la posteridad de las personas notables a las cuales las naciones les deben gratitud, Salvador Allende la tuvo presente desde niño. Al parecer despertaban su curiosidad estos señores de piedra o cemento, de mármol o bronce —de carne de estatua— a los que debía mirar hacia arriba. Dignos de admiración, le interesaba conocer el *porqué* de ese homenaje: lo que se decía de cada uno de ellos en su pedestal. La situación —la del pequeño Chicho, con su traje de marinero jugando entre las esculturas— es imaginable gracias al relato que hace la *mama Rosa*, quien lo cuidara durante toda su infancia: “Llevaba a mi niño a mirar los monumentos esos que hay en la Alameda y él se aprendía de memoria las lecturas de las estatuas que le iba indicando”. Allende no tendría más de 7 años entonces, cuando su nana le hablaba de las vidas ejemplares de estos santos laicos. Después, agrega la señora, “reunía a los niños y, encaramado en un montón de arena, les decía discursos en los que les contaba lo que decían los monumentos”.⁵ El testimonio de la “mama Rosa” se publicó días antes del triunfo de septiembre de 1970, momento en que *su niño* ya podría entrar a la galería de los presidentes de la República para luego tener su propia estatua.

Un año después, conociendo o no esta anécdota, el dibujante Eduardo de la Barra —firmando “Jecho” en *Punto Final*— hizo la caricatura de Allende avanzando cual O’Higgins, como una estatua ecuestre en movimiento. En el dibujo, don Chicho va con patillas, uniforme de la Patria Vieja, montado a caballo y sable en mano, bajo el título “El que sea valiente que me siga”. Entre quienes lo siguen está Verdejo, representación gráfica del pueblo; tras él, una multitud de hombres y

4. En Gaitán (1973), citada en Labarca (2007: 312).

5. Zoila Rosa Ovalle, la *mama Rosa*, encargada del cuidado de Salvador Allende desde 1908. Entrevistada en *Las Noticias de Última Hora*, el 25 de agosto de 1970 (citado en Amorós, 2013: 27).

mujeres de trabajo. Con gestos de espanto ante la embestida patriota hay un grupo de burgueses, con sombreros de copa, chaqué y fumando puros. Al presidente probablemente le gustó el dibujo. Tal vez su amigo Augusto Olivares, quien era del comité de redacción de la revista *Punto Final*, le entregó la revista como una primicia, antes de que llegara a los quioscos. La caricatura ocupa toda la contratapa⁶. La escena estaba en el repertorio de imágenes que respaldaban simbólicamente los ideales de su gobierno. Ya en el discurso de la victoria, antes de la nacionalización del cobre, había declarado: “Somos los herederos legítimos de los padres de la patria y juntos haremos la segunda Independencia: la Independencia económica de Chile” (Allende, 1970).

La figura de Allende se inscribe en la historia, evocativa, representada de diversas maneras y en distintos soportes. En lenguaje corriente se llama “figura” a una persona que se destaca en lo suyo, que alcanza notoriedad pública, cierta celebridad. Así, hay “figuras famosas” del deporte, del espectáculo, de la política. En ese sentido, Salvador Allende fue desde temprano una personalidad destacada, conocida: una *figura pública*. No es de extrañar, entonces, que la antigua revista *Vida Médica* le dedicara su sección “Figuras del momento”⁷ en portada y con fotografía. En ese contexto, la figura se entiende como expresión de una imagen —en este caso positiva, de prestigio— que se hace pública, que pasa de la idea a una forma externa, visible, reconocible. La figura, así, es la representación, la apariencia, de una *persona-personaje* que creemos conocer. Es decir, la figura —la veamos como retrato, caricatura, efigie o monumento— siempre será comparable con su modelo, con su referencia humana, en cuanto es una personificación que supone una semejanza con la imagen que nos hemos formado del “original”.

En este cruce de miradas, es significativo considerar que la palabra *mito* entre los griegos significó primitivamente *figura* y que en latín la palabra *persona* quiere decir *máscara*. Es decir, siempre nos estamos enfrentando a una representación y a un relato, a la resonancia del quehacer y la voz, que en este caso se encarnan en las apariencias y comportamientos de la reconocida figura de Salvador Allende. Más aún, en esta sucesión de máscaras, nos enfrentamos a las expresiones —dibujos, esculturas— que inspira la figura desde los diversos puntos de vista desde los cuales es observada para su imitación. En efecto, al ser públicas, las figuras están expuestas al escrutinio de quienes observan; son susceptibles de rumores, prejuicios, mitificaciones, injurias. Vale decir: la gente —la sociedad— se forma una opinión de ellas, las incorpora a su realidad y hace atribuciones con mayor

6. Es el N°139 de *Punto Final*, de septiembre de 1971.

7. En el N°1 de *Vida Médica*, de noviembre de 1951.

o menor fundamento. La llamada opinión pública agrega o resta características a la figura pública, enaltecéndola (por ejemplo, erigiéndole un monumento), o desvalorizándola (por ejemplo, haciéndole una caricatura). En otras palabras, la figura es parte de un proceso de construcción social de la realidad donde cabe, como parte de ella, también la mitología. Así, la figura es una personificación propuesta desde hechos y percepciones, desde representaciones mentales, desde una objetividad que entendemos como una subjetividad validada socialmente. En ese entendido, la figura también es un retrato de la fantasía, teñido por el contexto y las circunstancias de su construcción y, posteriormente, de su lectura.

La figura de Salvador Allende, por su trayectoria y trascendencia, ha sido representada como caricatura y monumento; con imágenes estereotipadas, que generalmente representan polos opuestos. La reverencia y la irreverencia. Dos expresiones que, por enaltecimiento o ridiculización, deforman al modelo de referencia. En ambas está la imitación, la búsqueda del símil, que se plasma en una ficción gráfica y plástica, en la que se enfatizan ciertos rasgos del retratado. La figura de Allende está registrada en las dos modalidades de representación, con las respectivas atribuciones de discursos asignadas desde la construcción externa. Entre estos extremos, de la exaltación tanto de los defectos como de las virtudes, estaría como referente el ser humano: el sujeto que deviene personaje público, representable, susceptible de provocar la declaración de sentimientos, reales o fingidos; de ser objeto de la propaganda negativa y de la apologética; la persona cuya figura puede ser motivo de chistes o —como decía Allende— carne de estatua, degradada o enaltecida, beneficiaria y víctima de las subjetividades y de los propios elementos que entrega, voluntaria o involuntariamente, para su admiración o burla.

Antes de que Salvador Allende tuviera cargos políticos, sus fantasías presidenciales y gestos narcisistas fueron objeto de representaciones humorísticas. Siendo estudiante universitario en 1932, uno de sus compañeros —Armando Sáez Saldías— compone un poema a sus compañeros de curso de la Escuela de Medicina, con quienes compartía el internado. En una de sus estrofas, estrictamente rimada, construye la siguiente caricatura en versos de Salvador Allende: “Dicen que Chicho Allende, con agua de colonia, / humedece las sábanas antes de entrar al lecho. / Se para ante el espejo y, con gran parsimonia, / se coloca una cinta tricolor en el pecho” (Jorquera, 1990: 115).

En el fondo, lo que se caricaturiza de Allende es su vanidad. Un gran motivo de risa si atendemos a que la vanidad —según Bergson— es una “forma superior de lo cómico, es el elemento que tendemos a buscar inconscientemente en todas las manifestaciones de la actividad humana. La buscamos, aunque solo sea por reírnos de ella” (Bergson, 1991: 132). Y en Allende era relativamente fácil encontrarla. En la universidad a menudo usaba tongo, por lo que burlescamente le llamaban “Lenin

con tongo”. Así, además de “Chicho”, Salvador Allende tuvo otros sobrenombres. Sin connotaciones políticas, ya en su adolescencia le llamaron “Pollo fino” por su precoz elegancia. No es extraño, por lo mismo, enterarse de que en una Fiesta de la Primavera ganara la competencia disfrazado de príncipe. En los años treinta, algunos de sus amigos le llamaron “Condorito”, porque estudiaba con admiración los discursos de “Condorito Errázuriz”. Nos referimos a don Isidoro Errázuriz, gran orador del siglo XIX, que también era elogiado por Arturo Alessandri: “Fue, por sobre todo, tribuno: listo para el ataque, que es bravura; para la agitación, que es liberación; para el canto de la victoria, que es oda”⁸. A este notable parlamentario lo apodaban “Condorito” probablemente por su nariz ganchuda⁹. Allende aprendía los discursos de Errázuriz y se los propinaba a sus amigos, poniendo a prueba su capacidad oratoria. Por ello heredó el apodo por un tiempo. Más tarde, tomó la costumbre de ensayar sus discursos en la ducha. Y frente a las masas le gustaba hablar “con viril energía y serena firmeza” y no perdía oportunidad para entregar su mensaje, utilizando todas las tribunas. Cuenta Alberto Jerez que —en 1961, en Lebu— Allende llegó inesperadamente a una manifestación preguntando a qué hora debía hacer su discurso, sin saber que estaba acordado que solo hablarían dirigentes sindicales. Miró a Jerez con una cara de pregunta que bastó para que el entonces diputado consiguiera que don Chicho hiciera su discurso. “Al despedirse, cuenta Jerez, me llevó aparte y me dijo de manera jocosa: —‘Me hizo un gran favor evitándome la frustración de no hablar, porque yo tengo una relación casi freudiana con las tribunas. Mire, para mí estar cerca de una de ellas es tan irresistible como para un radical estar cerca de una parrillada’” (Jerez, 2014: 585). Su estilo fue didáctico —de un “pedagogo social”, dice Jorge Arrate— y alejado de la demagogia. “Allende nunca fue un gran orador”, sentenció Neruda (1974: 477). Y otro poeta pondera esos méritos: “Sus discursos —escribe Humberto Díaz-Casanueva (1990)— carecían de retórica y no pretendía aspa ventar, pero eran medulares, al alcance de cualquier audiencia, combativos, pragmáticos, alcanzando a veces entonaciones de una singular belleza, como puede advertirse en las palabras postreras de su vida”. Antes, en Cuba, el Che Guevara había opinado al respecto: “Yo le oí en la campaña presidencial del 52 dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo”¹⁰.

A pesar de las objeciones a su oratoria y aparente falta de retórica, sus discursos eran reposados y en la improvisación redactaba correctamente, tanto es así que

-
8. Arturo Alessandri Palma, en su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua (citado en Varela, 1977: 193).
 9. No hay relación de este apodo con el popular personaje “Condorito”, de Pepo, que empezó a publicarse en 1949.
 10. Contado por Salvador Allende a Régis Debray (citado en Amorós, 2013: 172).

sus intervenciones parlamentarias habitualmente pasaban al diario de sesiones sin necesidad de corrección de estilo. Y toda crítica al respecto prácticamente se anula con su último discurso, monumental, del 11 de septiembre de 1973. Porque, además de la imagen de la figura de Allende —sus retratos, caricaturas, monumentos e imitaciones corpóreas—, está su voz que sigue emocionando en un registro notable: “el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes”.

A este punto, releo su primer discurso (“comprendan que soy tan solo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades...”) y escucho nuevamente el último, magnífico, donde reparo en un error que se ha multiplicado en libros y canciones y otros discursos: Allende nunca dijo, en su último mensaje “*se* abrirán las grandes alamedas”. Esa pequeña palabra, “se”, que *se* utiliza para formar oraciones pasivas, no la dice Allende. “las grandes alamedas” no se abrirán de repente ni mágicamente ni solas: las abrirán los “trabajadores de mi patria”, “otros hombres”, equivalentes a “ustedes”. En la retórica que alarga las frases quizá se pierde esta lectura: “de nuevo abrirán [ustedes, trabajadores de mi patria] las grandes alamedas”. Escuchemos:

“Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor”.

En el proceso de monumentalización y de consagración del mito, el tributo u homenaje póstumo revaloriza la imagen y la voz del personaje fallecido. Es el vestigio de expresiones vitales únicas donde los registros, como los filmes de Patricio Guzmán, son rescatados en cuanto acto de recuperación. Además del mérito intrínseco que pudieran tener desde su origen como obras artísticas, en este caso las imágenes del líder fallecido también son consideradas como reliquias y el documental adquiere valor patrimonial.

Sin embargo, resignados a la imposibilidad de la presencia real del personaje —en carne y hueso—, surge la posibilidad de su reconstrucción vía la imitación. En efecto, un formato diverso de presencia de la imagen de Allende es la representación corporal; es decir, la caracterización como personaje en la modalidad de actuación teatral, cinematográfica o en *performance*, sea en clave dramática o de comedia. En el campo simbólico, el arquetipo del Cid cabalgando propone la representación corporal del héroe ya muerto. En esa línea, propia de la presencia legendaria, la aparición repentina del presidente Allende —a más cuarenta años de su muerte—

ha sido una *performance* habitual en las movilizaciones sociales de los indignados chilenos. Así, en la multitud aparece Allende. De improviso. En la Alameda. Se mezcla con otras personas que se manifiestan por reivindicaciones populares. Anónimo para la mayoría, el actor Carlos Paredes encarna la figura del presidente Allende; representa su papel, caracterizado de Chicho, como diciendo “aquí tiene que estar Allende y tiene que apersonarse”. Camina serio, se abre paso saludando y recibe los aplausos con sobriedad. Se detiene y posa gentil con quienes desean tener “una foto con Allende, una *selfie* con el Chicho”; su imagen se comparte en las redes sociales. Es una *performance* deambulante, ya reconocible por los asiduos a las manifestaciones masivas. En el contexto político-carnavalesco de las movilizaciones, la figura de Allende aparece encarnada no solo por este ciudadano. Con la banda presidencial: símbolo sobre símbolo. Los otros manifestantes lo aplauden. Abren la Alameda. Allende saluda. Y sigue caminando por la Alameda como un hombre libre, tal vez cumpliendo un deseo que alguna vez declaró ante un grupo de estudiantes universitarios: “Mi máxima aspiración personal es que, cuando termine mi período, pueda irme a pie a mi casa, rodeado del respeto de todos los chilenos”.

En fin, allendista tardío, cuando escuché su último discurso sentí que también me hablaba a mí. Y el respeto se convirtió en admiración y cariño hacia esa figura que alguna vez fue solamente una lámina de un álbum de cabro chico: “Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos...”.

REFERENCIAS

- ALLENDE, S. (1970). “Discurso de Salvador Allende tras ser escogido Presidente de Chile (1970)”, disponible en: <https://www.salvador-allende.cl/discursos/presidente/>
- AMORÓS, M. (2013). *Allende. La biografía*. Santiago: Ediciones B.
- BERGSON, H. (1991). *La risa. Ensayo sobre el significado de lo cómico*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- DÍAZ-CASANUEVA, H. (29 de agosto, 1990). Evocando a Salvador Allende, *APSI*.
- GAITÁN, G. (1973). *El compañero Presidente*, Bogotá.
- JEREZ, A. (2014). *Esos años*. Santiago: Ediciones Jaime Ferrer Mir.
- JORQUERA, C. (1990). *El Chicho Allende*. Santiago: Ediciones Bat.
- LABARCA, E. (2007). *Salvador Allende. Biografía Sentimental*. Santiago: Catalonia.
- MAC HALE, T. (1972). *El Frente de la Libertad de Expresión*. Santiago: Editorial Portada.
- MONTEALEGRE, J. (2014). *Carne de estatua. Allende, caricatura y monumento*. Santiago: Mandrágora.
- NERUDA, P. (1974). *Confieso que he vivido*. Barcelona: Seix Barral.
- SOTO, H., y VILLEGAS, S. (1999). *Archivos secretos. Documentos Desclasificados de la CIA*. Santiago: LOM Ediciones.
- VARELA, A. (1977). *Los políticos. Anecdotario chileno (Tomo 1)*. Quillota: Editorial El Observador.